

La inserción precaria en el trabajo

Francisca Márquez Belloni

SUR, Programa Investigación Microempresa

TRANSICION A LA DEMOCRACIA

El 14 de diciembre la democracia recomenzaba. Los tiempos no eran malos, en término de indicadores macroeconómicos; la transición se iniciaba en un ambiente de dinamismo económico. Los años 1988 y 89 se habían caracterizado por un crecimiento de la economía marcado por la caída de los índices de desempleo, una reducción de la informalidad y un fuerte crecimiento del ingreso nacional por habitante.

Casi cuatro años más tarde, la tendencia a un fuerte crecimiento económico se mantiene, lo que ha posibilitado una gran expansión del empleo y crecimiento del ingreso familiar, con un predominio de la ocupación en microempresas.¹

Dos temas, sin embargo, quedan pendientes: la calidad en el empleo y la equidad en la distribución del ingreso, ambos vinculados en forma estrecha al mejoramiento de la calidad de vida de los chilenos y la consolidación de la democracia. La factibilidad de traducir esta expansión económica en beneficio para todos, comienza a constituirse en interrogante.

En efecto, en términos distributivos, la participación de la población en el ingreso no ha presentado mayores modificaciones, y no se han reducido las diferencias en la repartición de los frutos del crecimiento entre los integrantes de la sociedad.²

Asimismo, la precariedad en el empleo, elemento constituyente de la pobreza, se revela como una constante entre muchos ocupados. La actual expansión económica muestra así no ser garantía de calidad en el empleo, entendida ésta como estabilidad, protección laboral y justas remuneraciones para los trabajadores.

Si se entiende por precariedad la mala calidad del empleo —en términos de que en él existe inestabilidad, desprotección laboral y, por lo tanto, baja productividad y bajos ingresos—, su explicación no parece encontrarse en la existencia de resabios no modernos, precapitalista o tradicionales al interior de nuestra sociedad o segmentos de ella. Y ello no sólo porque la precariedad nada tiene que ver con lo tradicional, sino porque lo que hoy se observa pareciera ser una precariedad consustancial a los procesos modernizadores que en Chile se viven.

Estar ocupado hoy o trabajar en una empresa formal y moderna, no garantiza una situación de no pobre. Un total de 1 millón 230 mil ocupados se encontraba en 1990 en esta situación, aun cuando trabajaban en empresas grandes y medianas.³ La pobreza y la precariedad aparecen permeando así amplios sectores de trabajadores en Chile, sean éstos asalariados o por cuenta propia, formales o informales, categorías en las cuales se encuentra una gran heterogeneidad. Junto a estos rasgos, otros, como el desdibujamiento de imaginarios tradicionalmente adscritos a dichas categorías y la desestructuración de identidades laborales, comienzan a percibirse también como parte del Chile actual.

En lo que sigue de este artículo, nos centraremos primero en el análisis de tres rasgos que nos parecen consustanciales a la modernización: la persistencia y heterogeneidad del sector informal, la precariedad del empleo entre asalariados y trabajadores por cuenta propia y, por último, la reaparición del domicilio como espacio de producción y trabajo. Finalmente, y a modo de conclusión, se muestra cómo los modos heterogéneos de inserción en el trabajo de asalariados y cuentapropistas han ido desdibujando una serie de imaginarios en torno a estas categorías, así como las identidades comunes a ellos.

REASALARIZACIÓN, INFORMALIDAD, Y LA LLAMADA PRECARIEDAD

Estudios de Mideplan, basados en resultados de la encuesta Casen 1990-92, muestran que la tendencia a la desalarización no constituye una característica estructural del actual modelo de desarrollo. Por el contrario, lo que se observa es un proceso de reasalarización y crecimiento de los sectores obreros, en especial en empresas de menos de nueve trabajadores.

Dos rasgos aparecen acompañando este proceso de reestructuración del mercado de trabajo: la permanencia de un mercado de trabajo informal cercano al 22 por ciento de los ocupados; y la intensificación de los procesos de precarización laboral con formas de empleo de menor estabilidad, aumento del trabajo a tiempo parcial y aumento en los niveles de subcontratación, con pérdida de los derechos por parte de los asalariados.

Asalariados y cuentapropistas informales: no siempre pobres

Si bien los estudios muestran una leve tendencia a la disminución del sector informal,⁴ en 1992 un total de 1 millón 390 mil personas trabajaba informalmente. La gran heterogeneidad de los informales queda de manifiesto al analizar quiénes, en términos de categorías ocupacionales y de estratos de ingresos, participan de ella.

En efecto, una primera evidencia es que al interior del sector informal se observa un cambio en términos de la estructura ocupacional, con una disminución de los trabajadores por cuenta propia y aumento de los trabajadores asalariados en la microempresa. Al no haber grandes cambios en términos de precariedad, lo que cambia fundamentalmente es el carácter más capitalista de la informalidad.

Por otra parte, ser informal no es necesariamente privilegio de los más pobres, ni sinónimo de bajos ingresos. Al analizar las características del empleo según estratos o quintiles de ingresos, se observa que en el primer quintil (los más pobres), un 27,1 por ciento de todos los ocupados tenía en 1990 un empleo informal; en el quintil más alto, esta proporción era de 18,8 por ciento. Aun cuando la proporción de ocupados informales es superior en los sectores de más bajos ingresos per cápita, la mayor proporción existente entre los quintiles superiores no deja de ser importante.

Segundo, se constata que sobre un total de 1.474 mil trabajadores con bajos ingresos (pobres), 606 mil trabajan en el sector formal (33,7 por ciento de la población ocupada), 369 mil en el sector informal y 394 mil son trabajadores agrícolas.⁵

En síntesis, puede concluirse que la informalidad en Chile no ha desaparecido, aun en un período de expansión económica como el que vivimos. Ella parece haberse instalado para permanecer. Asimismo, no se asocia necesariamente a bajos ingresos,⁶ a pobreza ni a lógicas precapitalistas de trabajo. Los informales, más que un sector homogéneo, son muchos y diversos. Lo que parece haber tras esta categoría es una variedad de sujetos que, desde estrategias y recursos distintos, se relacionan informalmente.

La precariedad entre asalariados y cuentapropistas

La definición más básica de empleo precario surge en oposición a la de empleo asalariado a tiempo completo, ejercido en un lugar único, ligado a empleador único, protegido por la legislación laboral o la negociación colectiva. Actualmente se considera que la incertidumbre salarial, ya sea por la forma variable del ingreso o por su bajo poder adquisitivo, forma parte de la mala calidad del empleo. La precariedad alude, por tanto, a una pérdida en la calidad del empleo, por la ausencia de algunas de las características enunciadas.⁷ La desventaja de esta definición es que sólo nos permite determinar la precariedad en el empleo asalariado; quedan fuera los trabajadores por cuenta propia, para quienes evidentemente el empleo también puede presentar evidencias significativas de precarización.

La existencia de contrato dice relación con el cumplimiento de la legislación laboral, y supone una mayor estabilidad en el empleo en el caso de los asalariados; por tanto, da cuenta de menores niveles de precariedad en el empleo. Sin embargo, en el caso de los trabajadores por cuenta propia, la ausencia de contrato constituye un rasgo del autoempleo, por lo que no puede constituir un indicador de precariedad; sí lo constituye la ausencia de previsión social⁸ y los bajos ingresos.

Considerando sólo tres de los indicadores ya mencionados (contrato en el caso de asalariados, previsión e ingresos para asalariados y trabajadores por cuenta propia) se observa que los niveles de precariedad permean parte considerable del conjunto de la población ocupada.

Signos de estos tiempos es que la precariedad afecta a todos los sectores de la actividad económica, y en una misma empresa pueden coincidir trabajadores en puestos “de calidad” con trabajos en puestos precarios. Diversos estudios, sin embargo, muestran que algunos segmentos de la fuerza laboral son más vulnerables a la precarización: es el caso de las mujeres y los jóvenes que ingresan al mercado laboral con un bajo poder de negociación para mejores condiciones de trabajo.

En 1990, un 18,2 por ciento de los ocupados asalariados (no se incluyen trabajadores por cuenta propia) no tenía contrato, hecho que constituía una de las características más definitorias de la inestabilidad laboral. En 1992 eran algo menos, 14,8 por ciento (502 mil asalariados). Aun cuando mejoró la situación, 47,2 por ciento de los asalariados sin contrato se ubicaba en los dos primeros quintiles de ingresos (los más pobres), y un porcentaje no menos importante en los quintiles de más altos ingresos.

Respecto a los trabajadores sin previsión, es decir que no cotizan, aumentaron en 3 por ciento entre 1990 y 1992. En efecto, en 1990 un 33,8 por ciento de los ocupados no cotizaba, y en 1992 un 36,8 por ciento. Entre los trabajadores por cuenta propia la falta de previsión era de 63,2 por ciento y entre los asalariados de 39,2 por ciento. La desigualdad persiste, con los estratos de ingresos más pobres como los que menos cotizan (42 por ciento del primer quintil contra 26 por ciento del último quintil).

Respecto a la distribución del ingreso, se observa una leve disminución de los trabajadores con ingresos bajo el salario mínimo: en 1990 un 13,8 por ciento de los ocupados, en 1992 un 13 por ciento. Sin embargo, en 1992, un 77 por ciento del total de ocupados continuaba estando bajo el promedio nacional de ingresos (3,85 salarios mínimos) y un 45,5 por ciento bajo dos salarios mínimos.

En términos de salario para cubrir las necesidades básicas,⁹ el 41 por ciento de los ocupados tenía una remuneración al trabajo inferior a él. Entre los que estaban por debajo, predominaban los trabajadores por cuenta propia y ocupados de pequeñas empresas. Sin embargo, tanto en la gran empresa como en el empleo formal, proporciones importantes de trabajadores estaban en la misma situación.

En síntesis, la precariedad en el empleo ha venido constituyéndose estos años en un rasgo que caracteriza a vastos sectores de ocupados, trabajen éstos o no lo hagan en el sector informal, sean ellos asalariados o simples cuentapropistas. Evidentemente son los sectores más empobrecidos los más afectados en términos de precariedad, la que se constituye en uno de los factores más definitorios de la inequidad del sistema y la reproducción de la pobreza; pobreza que acompaña también a ocupados en los segmentos más dinámicos y modernos de nuestra economía.

La precarización del empleo tanto entre asalariados como cuentapropistas y la persistencia de la informalidad, si bien constituyen los rasgos más evidentes del actual patrón de crecimiento, no son los únicos. El rol dinámico del capital privado y la apertura a los mercados externos, ha requerido por parte de las empresas la creación de estrategias que aseguren la generación de condiciones de alta competitividad en los mercados nacionales e internacionales; por lo tanto, de nuevas formas de organización en la producción. Conceptos como flexibilidad, racionalización, innovación, calidad total forman parte de esta estrategia, donde el uso eficiente de la fuerza de trabajo constituye la clave del buen éxito. Es en este contexto que se entiende el desdibujamiento de la fábrica como único espacio de producción¹⁰ y la consolidación del domicilio como espacio de trabajo y producción.

El domicilio como espacio de producción y modernización

Durante la década de 1970 y 1980 —tiempos de desempleo y desestructuración social—, la vivienda y el espacio local se asociaron estrechamente a la generación de estrategias de subsistencia por parte de los pobladores. Las llamadas organizaciones económicas populares, bajo sus distintas modalidades, nacían de la constatación de que sin organización de los pobladores no se sobrevivía. El barrio, la casa, la cuadra, constituyeron el espacio privilegiado para organizarse, trabajar y reivindicar.

En la década de los noventa, tiempos de bajos índices de desempleo y creciente expansión económica, las estadísticas señalan la vivienda y el taller anexado a ella como lugares de trabajo para parte importante de los ocupados de la llamada pequeña producción.

Según cifras de la encuesta Casen, entre 1990 y 1992 los lugares de trabajo tradicionalmente asociados al sector informal, tales como la vivienda o talleres anexos a la vivienda, aumentaron levemente (en 6 por ciento para los trabajadores por cuenta propia y en 3 por ciento para la microempresa). Si sumamos todos aquellos ocupados en empresas de 1 a 9 trabajadores, que trabajan dentro de su vivienda, en un taller anexo a la vivienda y a domicilio, tenemos que 41,8 por ciento del total de estos ocupados lo hace en su residencia. Ellos corresponden a 946.770 trabajadores, es decir, aproximadamente 20 por ciento de la fuerza de trabajo ocupada en 1990. Entre los trabajadores por cuenta propia la proporción de ocupados en el domicilio corresponde al 61,5 por ciento.

Paradójicamente, junto a una economía moderna y fuertemente articulada a los mercados externos, nuevas formas de organización del trabajo, más vinculadas al lugar de residencia, a la vivienda, han ido asentándose entre vastos sectores de ocupados. Volverse competitivo y reorganizar las formas de producción, rompiendo con los límites espaciales de realización del circuito productivo en la fábrica, constituye hoy en día un signo de modernización. La empresa, los talleres y el trabajo a domicilio aparecen así reorganizados e integrados a un mismo proceso productivo.¹¹ En esta articulación dinámica la subcontratación aparece como instrumento privilegiado, asegurando la posibilidad de respuestas flexibles a las exigencias del mercado.

Los contratos de trabajo al interior de la empresa son así reemplazados por contratos comerciales con prestadores de servicios. Para las empresas, la transferencia de costos y riesgos hacia los niveles de talleres vuelven altamente rentable esta modalidad de trabajo. Y la posibilidad de no asumir los llamados “costos laborales no salariales” —contribuciones a la seguridad social, remuneración de horas trabajadas, costos de capacitación, pagos en especies y servicios sociales— lleva a los talleres a adoptar esta forma de trabajo.¹²

La localización de talleres en la vivienda y barrios posibilita asimismo el acceso a mano de obra familiar no remunerada y fuerza de trabajo excluida con bajo poder de negociación de las condiciones de trabajo. Aun entre aquellos que funcionan más regularmente, los contratos de trabajo de duración determinada son de uso extendido, lo que también limita la seguridad en el empleo.

Sin embargo, el tema de la subcontratación y del trabajo en el lugar del domicilio no puede entenderse en su complejidad si no es considerando también las ventajas que éste ofrece a los sectores más empobrecidos. Es sabido que, siendo la participación en el trabajo inferior en los hogares más pobres que en los de ingreso medio o mayores,¹³ la generación de ingresos por parte de los más pobres depende de la habilidad para combinar ocupaciones distintas. La menor participación de los sectores más empobrecido responde, en muchos casos, a condiciones inherentes a la pobreza (cuidado de los hijos, tareas del hogar, no acceso a calificaciones para el trabajo, etc.). El trabajo vinculado al domicilio ofrece alternativas viables para integrar a miembros de la familia que difícilmente lo harían de otra forma, si no es organizados sobre una base familiar articuladora de estrategias diversas para la obtención de ingresos. Ello, sin embargo, no debe hacernos olvidar que además de constituirse en una alternativa de trabajo, genera cambios profundos en términos de estructura y cotidianidad familiar. Los tiempos de ocio y trabajo tienden a fundirse, transformando profundamente la vida familiar. Pero más grave aún es el hecho de que, en tanto no mejoren sustancialmente los grados de calificación, difícilmente estos trabajadores podrán estar en condiciones de mejorar sus ingresos y la calidad del empleo.

La fragmentación del proceso productivo, el uso extensivo de la subcontratación de pequeñas y microempresas y la constitución de eslabones productivos en Chile, no es una tendencia nueva. Ella se observa desde los sesenta y se constituyó en una forma estable de producción a partir de las sucesivas crisis de 1975 y 1982. Esta nueva estructura productiva supone una enorme capacidad de adaptación dinámica a los requerimientos de los mercados, adaptabilidad que no sería posible sin la llamada flexibilidad del mercado de trabajo. El punto, sin embargo, es que dicha flexibilidad tiende a confundirse con la ausencia de normativas reguladoras del mercado de trabajo, lo que lleva a configurar una situación de profundas inequidades sociales. El énfasis del empresariado en la necesidad de flexibilizar ha ido relegando a un lugar secundario la discusión sobre la calidad de los empleos. Los efectos de este proceso modernizador en términos de niveles de ingresos, condiciones de trabajo y protección social, a cuatro años de democracia, parecen no mostrar mejorías sustantivas.

IDENTIDADES Y REPRESENTACIONES SOCIALES HETEROGENEAS ENTRE ASALARIADOS Y CUENTAPROPISTAS

En la década de los cincuenta, la noción de asalariado se identificaba en lo fundamental con el trabajador de la industria privada y estatal, la minería del cobre y la administración pública. Ellos correspondían, de acuerdo a la concepción de desarrollo económico y social de la época, a los sectores protagónicos en la política de industrialización y modernización del país. Tal modernización también se visualizaba en las condiciones técnicas y sociolaborales de los asalariados.¹⁴

La noción de cuentapropista, en cambio, a excepción de aquellos que ejercían profesiones liberales, se asociaba a resabios de tradición que coexistían y entorpecían el adecuado desarrollo de los llamados sectores modernos de la sociedad. Era la exclusión al sistema el factor que explicaba una parte considerable de la autocreación de empleo —en sectores no dinámicos de la economía— por parte de la población urbana. Las ocupaciones así creadas fueron identificadas con la precariedad, al tener como común denominador la falta de seguridad social y económica.

Lo que nadie discutía era la evidente polaridad entre ambas categorías sociales —asalariados y cuentapropistas— y la homogeneidad interna que ambos parecían presentar. Dicha homogeneidad no aludía tanto a las condiciones de trabajo y lógicas económicas, sino principalmente a sus condiciones de vida, identidad y representación de sí mismo. Ser asalariado era estar integrado, ser cuentapropista, estar marginado.

Hoy día, en un contexto de desarrollo orientado a los mercados externos y donde la iniciativa privada y el mercado asumen un rol protagónico, ambas nociones parecen desdibujarse. Si antes asalariados y cuentapropistas se asociaban a núcleos homogéneos e identificables, hoy la heterogeneidad se vuelve más evidente, haciendo difícil representarlos socialmente. Los universos que componen ambas categorías dan cuenta de tal diversidad que parece pertinente preguntarse respecto a los efectos que ello pueda suponer en términos no sólo en términos de experiencia cotidiana, sino también de identidad laboral y representación de sí mismos.

Diversidad y desestructuración de identidades entre asalariados

Aun cuando la tendencia a la desalarización se ha revertido y la masa de trabajadores asalariados ha tendido a aumentar al interior del sector formal e informal, la precarización del empleo se presenta como un rasgo también presente en este sector. Como se señaló con anterioridad, ser asalariado hoy día no asegura escapar a la pobreza, tener un ingreso que cubra las necesidades básicas de un hogar o gozar de garantías en el empleo. Entre los trabajadores asalariados se encuentran representados todos los quintiles de ingresos, pobres y ricos,¹⁵ con y sin contrato, cotizantes y no cotizantes. Esta heterogeneidad está dada no sólo por la variedad de sectores económicos o categorías de ocupación en los que se ubican, sino también porque dentro de un mismo sector coexisten segmentos con situaciones de empleo distintas.

En efecto, en un mismo sector productivo, tal como la industria textil, de calzado o frutícola de exportación, pueden encontrarse asalariados en niveles de tecnología y condiciones de empleo diametralmente distintas. En términos de la tecnología utilizada, mientras unos trabajan en sus casas con antiguas máquinas de coser, realizan el aparado artesanalmente o recogen manualmente la fruta, otros operan con telares computarizados o computadores conectados a terminales en todo el mundo. Todos ellos, sin embargo, constituyen las piezas de un mismo engranaje de producción, son asalariados modernos vinculados de una u otra forma a una economía moderna y fuertemente orientada hacia los mercados externos.

En término de condiciones de empleo, unos viven día a día la inestabilidad, la temporalidad, las relaciones de fuerte jerarquía y autoritarismo; otros, la participación a distintos niveles de decisión al interior de la empresa, aunque rara vez la estabilidad en el empleo. Aun entre aquellos más “beneficiados” e integrados a las nuevas y modernas técnicas de gestión, la participación, la creatividad y la innovación se transforman, frente a la presencia amenazante de la pérdida del empleo, en fórmulas obligadas carentes de contenido, y para muchos en una exigencia tanto o más represiva que las tradicionales fórmulas de organización del trabajo.

Lo nuevo está en que la modernización entendida como participación (diferenciada) en los mercados externos —a partir de la integración a un mismo engranaje productivo— no necesariamente supone mejores condiciones en el empleo para todos y, por tanto, la posibilidad de construir una experiencia y una identidad común.

Lo nuevo, señala Campero (1993), está en que estos asalariados, a diferencia de los del setenta, viven desde posiciones distintas la escisión entre las condiciones técnicas y sociolaborales de su empleo. Se descubre así “una diferencia con los setenta, en que la industria básica, la manufactura de punta y los servicios públicos combinaban de manera más homogénea tecnologías innovativas, con organización del trabajo y relaciones laborales relativamente avanzadas. De este modo, la modernidad era en cierto modo el resultado tanto de la posición ocupada en la estrategia de desarrollo como de las condiciones técnicas y sociolaborales asociadas a esta posición.”¹⁶

Si partimos del supuesto de que la vivencia cotidiana de trabajo en una empresa va plasmando en los individuos una identidad laboral,¹⁷ cabría preguntarse qué de nuevo es posible descubrir hoy en día respecto a la identidad de los trabajadores asalariados. ¿Cuáles son las representaciones de sí mismos que estos sujetos asalariados van construyendo a partir de la diversidad de experiencias y condiciones de empleo a las que están sumidos?

Si es sobre la base de códigos culturales que la identidad se construye, se estructura, es probable que la multiplicidad de códigos que se descubren hoy día al interior del mundo de la empresa —no siempre coherentes entre sí— de cuenta de una multiplicidad de identidades tan diversas como las condiciones y experiencias cotidianas en el trabajo. Lo que parece ser una constatación común a muchos estudios es que actualmente las identidades en el trabajo se desligan de las formas tradicionales que contribuían a construir las (la clase, el oficio, etc.), para dar paso a nuevas formas de identidad.¹⁸

En este sentido, la identidad construida sobre la base de una adscripción a una comunidad de trabajo (levantada sobre la clase o un mismo oficio) va perdiendo espacio, mientras que para muchos (no todos) la identidad construida sobre la base de la identificación a la empresa parece ir ganando lugar. Esta última, dibujada desde una estrategia del *management* para el uso más eficiente de los recursos humanos, encuentra justamente su razón de ser en la fragmentación de identidades colectivas y el condicionamiento de la integración a la identificación con la empresa.

La fragilidad y la ambigüedad de identidades laborales así construidas son evidentes, aun para aquellos dispuestos a hacer de su proyecto de vida el proyecto de la empresa. Para los que lo logran, para los *bien integrados*, el precio es la adscripción plena, fusión frágil donde el trabajador se desdibuja para hacer de sí mismo la empresa. Para aquellos cuya identidad aún reposa en el oficio, los *viejos maestros*, el costo es también alto; la inestabilidad y la precariedad en el empleo constituyen rasgos que acompañan a quienes no desean o no pueden transar con las exigencias de polivalencia de la empresa moderna y flexible. Para los *no calificados* o potenciales excluidos (jóvenes, mujeres y viejos), la urgencia del salario y la fragilidad de su inserción no abre espacio para la construcción de identidad alguna, si no es la de asalariado que se sabe excluido de antemano de un sistema que no lo requiere más que como mano de obra barata y temporal.

Los autoempleados y los distintos modos de ser autónomo

Alguna analogía podemos encontrar con lo que ocurre entre trabajadores independientes, concepto tradicionalmente entendido como trabajadores autoempleados o autónomos, para quienes la generación de empleo e ingresos corre por su propio riesgo y cuenta. Los estudios más clásicos incorporan en esta categoría a los trabajadores por cuenta propia, familiares no remunerados y empleadores del llamado sector informal. Es decir, de empresas de 1 a 5 trabajadores que no cumplen con las leyes laborales (contrato de trabajo), excluyéndose profesionales y técnicos.

Asociada estrechamente al trabajo por cuenta propia estaba la imagen de que eran los excluidos del sistema los que más frecuentemente se encontraban integrando este sector; por lo tanto, la pobreza, la precariedad y la informalidad serían rasgos inherentes al trabajo cuentapropista. Asimismo, en términos de identidad, hasta fines de la década de los ochenta estaría presente entre aquellos excluidos del sistema el anhelo de integración laboral según la vieja pauta del modelo industrial. Este anhelo se

expresaba en una identidad obrera escindida de su experiencia y situación ocupacional, pero expresiva de los códigos y el modelo cultural al cuales ellos se adscribían.¹⁹

Ser trabajador por cuenta propia hoy día, sin embargo, no parece ser necesariamente sinónimo de exclusión, pobreza y precariedad.²⁰ Si bien ha sido en los períodos de crisis donde este sector ha visto engrosar mayoritariamente sus filas, el mundo de los trabajadores por cuenta propia se caracteriza por su heterogeneidad. Entre ellos se cuentan los excluidos de siempre, los cesantes y salidos del sector asalariado y los que por tradición han trabajado así.

Aun cuando la tendencia de los últimos tiempos ha sido una leve disminución de los trabajadores por cuenta propia, un rasgo que parece interesante de destacar es su alta estabilidad en el sector y, en término de representación social, la valorización de la independencia en el trabajo no sólo por la libertad que esto otorga en la gestión del trabajo, sino también por las mejores posibilidades de ingreso que ofrece respecto al trabajo asalariado.²¹ En efecto, la encuesta Casen 1990 muestra que entre los trabajadores por cuenta propia, que representan 20,4 por ciento de los ocupados, su ingreso medio es de 3,3 salarios mínimos,²² muy cercano al de empleados y obreros. Es significativo que aun tratándose de categorías ocupacionales tan diferentes, como son los trabajadores asalariados y los cuenta propia, sus promedios de remuneraciones sean prácticamente iguales.²³ Asimismo, un 61,2 por ciento de los ocupados como trabajadores por cuenta propia obtenían en 1990 ingresos suficientes para no clasificar como pobre, porcentaje que rompe con la imagen de excluidos.

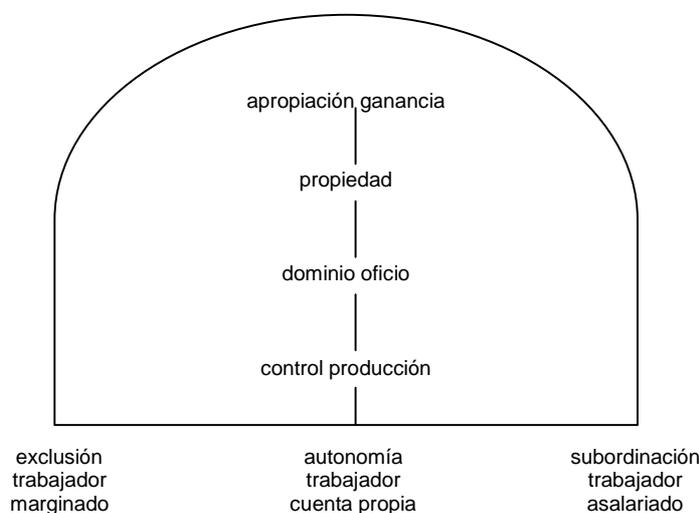
En síntesis, hoy día ser un trabajador por cuenta propia se levanta como alternativa para muchos, no sólo para quienes han quedado al margen de esta llamada modernidad, que exige calificación, excelencia, calidad y educación. También constituye una alternativa para aquellos que desean un modo de vida y trabajo donde la autonomía, la capacidad creativa y el riesgo exigen ser desplegados con fuerza en la obtención de un ingreso digno. Para los primeros, el autoempleo constituye el resquicio, el único espacio posible para escapar a las exigencias de una modernidad que excluye a los no aptos. Para los segundos, el trabajo independiente es una alternativa más, y probablemente es entre éstos que se encuentra la mayor voluntad de permanencia.

La heterogeneidad, sin embargo, no se expresa sólo en términos de voluntades y condiciones de trabajo, sino también en cuanto rompe con una representación de sí mismo que apuntaba al "no le quedó otra". Si la representación de sí mismo y la identidad en torno al trabajo se construyen a partir de un ir y venir entre la experiencia cotidiana en el trabajo y la apropiación que de ella hace cada sujeto, la diversidad de representaciones entre los trabajadores por cuenta propia se expresa más claramente al observar los niveles de autonomía en los cuales ellos operan.

Según el clásico estudio de Prealc, un rasgo característico del trabajador por cuenta propia es su falta de subordinación al capital y su autonomía en la gestión del trabajo.²⁴ Esta autonomía puede ser expresada en cuatro indicadores: propiedad jurídica de los medios de producción, apropiación directa de las ganancias, control sobre el proceso de decisión que surge de la producción y dominio de un oficio. La presencia o ausencia de alguno de estos rasgos da cuenta de grados de autonomía en el dominio del proceso de producción, de su producto y los ingresos derivados de su trabajo; asimismo, de los niveles de autonomía/dependencia del capital, ubicándose en el vértice opuesto la exclusión del trabajador al sistema.

Este costo resulta bastante relativo, ya que estas cifras de tiempo de publicidad perdido no son absolutas. Existen canales que no tienen inversión publicitaria en ese horario o este tiempo se vende en paquete con otros horarios con un precio menor para el cliente.

Trabajadores por cuenta propia: niveles de autonomía



En el eje central se ubica el trabajador que goza de plena autonomía respecto al capital en tanto posee control no sólo sobre sus medios de producción, sino también sobre la forma de organizar su trabajo. Corresponde esta figura a la del artesano o, en versión moderna, al microempresario, cuya identidad se sustenta fundamentalmente en el dominio del oficio, en un saber-hacer que otorga los códigos básicos en la construcción de sí mismo. La identidad se construye sobre la base de un aprendizaje, de la calificación en el oficio; es ésta la que asegura y posibilita la inserción laboral y social.

La autonomía no constituye, sin embargo, un valor absoluto; ella se pierde, se gana, se transa. De modo que si bien puede ser transada temporalmente con grados de dependencia del capital (es el caso de los que combinan su trabajo autónomo con la subcontratación), también puede perderse, como consecuencia del empobrecimiento progresivo del trabajador y de la pérdida de los recursos que posibilitan la autonomía. La exclusión o la subordinación son las dos expresiones extremas de la autonomía perdida. Para ambos casos, así como en todos los niveles de autonomía posibles, la vivencia cotidiana y, por tanto, los códigos constitutivos de la identidad serán diferentes, haciendo difícil, si no imposible, el reconocerse como un todo homogéneo.

En síntesis, la autonomía como valor central, pero frágil, se revela como uno de los rasgos constitutivos de la representación de sí mismo de los trabajadores por cuenta propia. Hoy, las representaciones parecen ser tantas como niveles de autonomía existen.

En conclusión, las condiciones materiales y culturales que conforman el mundo social de asalariados y trabajadores por cuenta propia son —aunque tal vez no mucho más que antaño— heterogéneas. Las categorías sociales han dejado de ser exclusivas: un mayor número de similitudes parecen encontrarse entre asalariados y trabajadores por cuenta propia que al interior de ellos mismos. Sin embargo, a esta heterogeneidad de rasgos se suma la dificultad de reconocer un cuerpo de representaciones comunes. Lo que parece quedar es un conjunto de individualidades que desde posiciones distintas, y a menudo frágiles, se desenvuelven solitariamente en la generación de los recursos necesarios a su sobrevivencia. Desestructuración y diversificación de identidades comunes se nos revelan como la otra cara de los procesos de modernización, trastrocando así lo más profundo de las viejas estructuras sociales.

BIBLIOGRAFIA

Abarzúa, Eduardo

- 1993 "Cambios en el trabajo: un nuevo desafío para el sindicalismo". *Revista de Economía y Trabajo* (Santiago: PET), 1:2.

Campero, Guillermo

- 1994 "Asalariado moderno y movimiento sindical: ¿hacia un nuevo modelo de acción?". Ponencia en Seminario-Taller Problemas Históricos de la Modernidad en Chile Contemporáneo, SUR, 1993. Publicado en *Proposiciones* 24. Santiago: Ediciones SUR.

De Laire, Fernando

- 1992 "Nuevas formas de organización del proceso productivo en la industria nacional del calzado: el carácter escindente de la modernización". En: *Informe Anual*. Santiago: PET.

Díaz, Alvaro

- 1991 "Nuevas tendencias en la estructura social chilena. Asalarización informal y pobreza en los ochenta". *Proposiciones* 20. Santiago: Ediciones SUR.
- 1993 "Nuevas tendencias de la industria en América Latina: Cadenas productivas, PYME y especialización flexible". *Proposiciones* 23. Santiago: Ediciones SUR.

Martínez, Javier y Eugenio Tironi

- 1985 *Las clases sociales en Chile: 1970-1980*. Santiago: Ediciones SUR.

Mideplan

- 1991a *Situación y características del empleo en Chile en 1990* (Noviembre).
- 1991b *Situación poblacional según encuesta de caracterización socioeconómica (Casen 1990)* (Noviembre).
- 1993 *Integración al desarrollo: Balance de la política social: 1990-1993*.

Prealc

- 1980 "Los trabajadores por cuenta propia en Santiago". *Documento de Trabajo* 184. Santiago, marzo.

PET

- 1994a *Indicadores Económico-Sociales, 1993-1994*.
- 1994b *Página económica de los trabajadores* 130 (abril).

Teitelboim, Berta

- 1992 "Tercera encuesta de empleo en el Gran Santiago: empleo informal, desempleo y pobreza". *Documento* 89. Santiago: PET (marzo).

Van Hemelryck, Libero

- 1993 "La pequeña empresa más allá de las políticas de compensación social del modelo neocapitalista: el caso de Chile". *Proposiciones* 23. Santiago: Ediciones SUR.

NOTAS

1. La distribución del empleo, según tamaño de empresa, muestra una alta concentración en los establecimientos pequeños. Un 43 por ciento de todos los ocupados labora en empresas cuyo tamaño es de 1 a 5 ocupados. Encuesta Casen, 1992.
2. Si bien el total de pobres muestra haber disminuido entre 1990 y 1992 de 40,1 por ciento a 32,7 por ciento, es decir 4 millones 370 mil personas, el ingreso continúa concentrado en unos pocos. Cifras sobre la distribución del ingreso por quintiles entregadas por la Casen 92, revelan que el único quintil que aumentó su participación en el ingreso es el primero, de 4,2 por ciento en 1990 a 4,5 por ciento en 1992. Este cambio es financiado por disminuciones en las participaciones del tercer y cuarto quintil, mientras que la participación del quinto permanece intacta. Es en el 20 por ciento más rico el que continúa concentrando el 55,1 por ciento de los ingresos monetarios, mostrando así que no existe desconcentración del ingreso para el período 1990-1992. (Casen 92, PET 1994a).
3. Mideplan (1993), sobre la base de la Casen 1990.
4. Para el período 1990-93, el sector informal se redujo de 22,3 por ciento a 21,5 por ciento sobre la ocupación total. Por empleo informal se comprende a los trabajadores por cuenta propia, familiares no remunerados, empleadores y ocupados en empresas

productores de bienes de 2 a 5 trabajadores, y de empresas de comercio o servicio de 2 a 5 trabajadores que no cumplen con las leyes laborales (contrato de trabajo). Se excluye al servicio doméstico, técnicos y profesionales.

5. Van Hemelryck (1993).

6. En el sector formal, para 1990, las remuneraciones por debajo de la media nacional (3,8 salarios mínimos) implicaban alrededor de 57 por ciento de los ocupados de ese sector y 5,8 por ciento por debajo del mínimo. (Mideplan 1993)

7. PET (1994b).

8. Ello aun cuando en el caso de los trabajadores por cuenta propia, y de los autoempleados en general, podría argumentarse que la ausencia de previsión social puede constituir una opción personal postergada en beneficio de su inversión productiva, y no necesariamente un indicador de precariedad en el empleo.

9. El salario para la satisfacción de las necesidades básicas permite a un ocupado obtener un ingreso por concepto de su trabajo, el que conjuntamente a los subsidios que percibe, alcanza para que su grupo familiar satisfaga las necesidades básicas. El costo de las necesidades básicas corresponde al doble de la canasta mínima de alimentos.

10. De Laire (1992).

11. *Ibíd.*

12. *Ibíd.*

13. En 1990, en el quintil I (que corresponde a los hogares más pobres), la tasa de participación era de 42,2 por ciento. En cambio, en el V alcanzó un nivel de 59,9 por ciento ese mismo año. Si a lo anterior se agrega que entre estos sectores se encuentran los mayores niveles de desempleo, resulta que dichos hogares tienen un menor número de ocupados y, por lo tanto, de perceptores de ingresos.

14. Campero (1994).

15. Según Casen 90, en el primer quintil de ingresos un 58 por ciento trabaja como asalariados (obreros y empleados) y en el quintil más alto, un 68,5 por ciento trabaja como tal.

16. Campero (1993).

17. Abarzúa (1993).

18. Abarzúa (1993), Campero (1994).

19. Martínez y Tironi (1985)

20. En términos de quintiles de ingresos, se observa que para 1990 un 29,3 por ciento de los ocupados del primer quintil era trabajador por cuenta propia; en el quinto, un 19,6 por ciento trabajaba como tal.

21. Según una encuesta del PET, el 63 por ciento de los que trabajan como trabajadores por cuenta propia tienen una trayectoria superior a los 24 meses, contra el 57,1 por ciento en el sector asalariado. En términos de representaciones sociales, el 68,8 por ciento no deseaba ser asalariado; las razones aducidas eran la falta de independencia, la existencia de horarios fijos y el bajo nivel de salarios del sector formal.

22. El promedio general de todos los ocupados fue de 3,8 salarios mínimos líquidos.

23. Es significativo también que sean los trabajadores no calificados los que, en un 62 por ciento, prefieran el sector informal, por los bajos salarios pagados en el sector asalariado. En tales condiciones, optan por trabajar en forma independiente.

24. Prealc (1980).